

A la memoria de académicos fallecidos

LUIS MENDEZ

NORBERTO TREVIÑO-ZAPATA *

Se me ha encargado pronunciar breve oración en memoria de Luis Méndez. Me toca hacerlo en forma compendiada, para trazar rasgos del perfil humano de tan ilustre académico, de su fecunda y fructífera vida.

Luis Méndez, el primer doctorado en ciencias médicas en la Universidad Nacional Autónoma de México fue: presidente de la Academia Nacional de Medicina; presidente de la Sociedad Mexicana de Cardiología; vicepresidente del IV Congreso Interamericano de Cardiología; vicepresidente del II Congreso Internacional de Cardiología; profesor de cardiología del pregrado y del postgrado

In memoriam ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 31 de marzo de 1982.

* Académico titular.

de la UNAM; integrante del grupo precursor, al lado de Ignacio Chávez, del Servicio de Cardiología (Pabellón 21), del Hospital General de México, cuna de la especialidad en nuestro país; miembro fundador del Instituto Nacional de Cardiología; director médico del Instituto Mexicano del Seguro Social de 1958 a 1970; vicepresidente del Primer Congreso Latinoamericano de Medicina de la Seguridad Social.

Nuestro personaje fue de aquellos privilegiados seres quienes en su vida exclusivamente ganaron prestigio. Siempre fue querido, apreciado y respetado por todos; por su padre, el limpio revolucionario don Luis Méndez, por su familia y seres queridos; también por sus condiscípulos y contemporáneos en la vida estudiantil universitaria; en el deporte, en el alpinismo; lo fue por maestros y colegas de la vida profesional, y también en su destacada actuación oficial como probo y eficiente



LUIS MENDEZ

funcionario de la seguridad social, que profesó con plena conciencia, entusiasmo y eficiencia.

Siempre amable, bondadoso, cortés y comprensivo. Fuerte y tierno, recio y delicado, noble, generoso. Firme en sus principios y convicciones, congruente toda su vida. Inteligente, organizado, estudioso, culto y erudito.

Amaba la montaña, que con gran destreza y espíritu deportivo gustaba escalar, y lo hizo todavía hasta pocos meses antes de su muerte; gozaba del contacto con la naturaleza, del bosque y el paisaje, y en especial las elevadas cimas cubiertas de nieves eternas; disfrutaba la observación del firmamento, en el que como caminante y experto montañista, conocía las claves y orientación de las estrellas y constelaciones. El nombre de Luis Méndez está inscrito en el Salón de la Fama Deportiva de la UNAM.

Desde la época estudiantil, fuimos condiscípulos y entrañables amigos de Luis Méndez, junto con Bernardo Sepúlveda, Antonio González Cárdenas y Enrique Sada Quiroga, entre otros muchos. Dentro de la cordial camaradería de nuestra escuela, formábamos un grupo solidario, afín en el espíritu y en la acción universitaria, en tiempos en los que nuestra casa de estudios se gobernaba en paridad de profesores y alumnos. La mi-

sión principal que entonces nos propusimos, fue promover al Maestro Ignacio Chávez a la dirección de la Escuela de Medicina. Como un solo hombre actuamos en un medio en el que venturosamente prevalecían los valores morales. Desde entonces estimamos las dotes intelectuales y entereza, propias de la diáfana y firme personalidad de Luis Méndez.

Cuando arribó al vigésimo quinto aniversario de su ejercicio profesional, Luis Méndez tuvo la satisfacción de conocer en vida, las opiniones que sobre él se expresaron. Leamos algunas de ellas.

Felipe Mendoza, entonces presidente de la Sociedad Mexicana de Cardiología, habló así: "Saludar con respeto al médico ilustre, al profesor destacado, al académico distinguido, y muy especialmente al hombre esforzado, generoso y leal, y hacer votos fervientes porque nuestra Corporación siga contando entre sus miembros activos a quien constituye ejemplo tan digno de imitarse. Ha contribuido a la literatura médica con muy numerosos trabajos, que se inician en las primeras aportaciones mexicanas a la localización de los infartos del miocardio y se vuelcan después principalmente sobre la hipertensión arterial, sus consecuencias y su tratamiento, y sobre variados problemas angiológicos."

Salvador Aceves dijo de Luis Méndez: "Allí en el Instituto Mexicano del Seguro Social trabaja en bien del país, en juego su honradez intachable, su gran capacidad de trabajo, su idoneidad en suma. Seguirá adelante con su orgullosa pulcritud, servirá a la Patria con el celo, la limpieza y el tesón, que pone en sus obras, seguirá siendo un buen médico y un leal amigo, continuará siendo el recio apoyo de los suyos, el sostén moral de sus amigos y compañeros. Con su característica firmeza en el andar y en el pensar y en el actuar".

También en esa celebración de Luis Méndez, así se expresó Ignacio Chávez: "La línea de su vida no se ha desviado jamás, vida de estudio, de trabajo, de fidelidad a su vocación. Paso a paso fue ascendiendo en su carrera hasta dominarla en lo profesional y en lo académico, como clínico consumado, como maestro y como investigador. Hoy es uno de los grandes sostenes de la cardiología en México. Su actividad fue siempre igual que su entusiasmo, y su entusiasmo nunca fue menor que su alegría, alegría sana, orgánica, vital. Supo hermanar la recia preparación científica y el cultivo interior de fina calidad humanística. Ha logrado ese equilibrio entre la serenidad del científico y la pasión generosa del hombre que ha sabido ser siempre leal a sus ideas y a sus sentimientos de nobleza y elevación. El Instituto Nacional de Cardiología le debe la obra destacada que realizó como fundador del Servicio de Angiología; pero le debe algo más: su ejemplo de constancia en el trabajo diario, su entrega limpia a la obra común, su muestra de honestidad científica, la nobleza de una amistad que no admite distorsiones. Todo ello podría concretarse diciendo: la pulcritud de su conducta frente a la Institución y a sus hombres".

Sahemos cómo Luis, admiró y respetó al maestro Ignacio Chávez, con quien lo unieron cálidos lazos espirituales, de afecto, solidaridad y lealtad.

Luis Méndez realizó trascendente transformación institucional en el IMSS, si bien ya entonces existían ciertos núcleos en los que se realizaban eficientes tareas. Su obra comenzó por organizar y poner en funcionamiento las nuevas unidades que comprendía el Centro Médico Nacional, cuya construcción inició y adelantó Gustavo Baz durante el sexenio del Presidente Manuel Avila Camacho; se prosiguió y concluyó dicho Centro Médico Nacional bajo el mandato presidencial de Adolfo Ruiz Cortines, con Ignacio Morones Prieto como Secretario de Salubridad y Asistencia.

Luis Méndez, contando con valiosos colaboradores, Bernardo Sepúlveda entre ellos, establece las bases médico sociales para impartir asistencia, prevención, enseñanza e investigación en las nuevas unidades hospitalarias, mismas en las cuales así se origina y desarrolla notable progreso de la medicina en la seguridad social, y en el país. Aun vive el IMSS, veinte años después, los beneficios de tal obra, iniciada y desarrollada por Luis Méndez y su competente grupo.

El jueves 11 de febrero del presente año 1982 se rindió homenaje póstumo a Luis Méndez, de-

dicando en su memoria el Curso Internacional organizado por la Sociedad Mexicana para el Estudio de la Hipertensión Arterial "al brillante profesor, eminente cardiólogo, hombre cabal, que dejó fecundo legado a la humanidad".

En tan significativa conmemoración, el doctor Jorge Escudero de la Peña expresó que "el 16 de julio de 1981 la cardiología mexicana se vistió de luto por la desaparición de uno de sus hijos más queridos, el Maestro Luis Méndez". Agregó, que "la pena que su muerte ha causado en todo el ámbito médico es explicable, por haber sido uno de los pioneros de esta especialidad en el país y uno de sus más destacados representantes y por tratarse también de un clínico completo, maestro verdadero y hombre íntegro". Hizo además el doctor Escudero una completa biografía de nuestro personaje, con mención de sus méritos y logros profesionales, incluyendo el tratado, que ambos, Méndez y Escudero, publicaron sobre *Hipertensión arterial esencial*.

Armando Cuéllar Padilla, del grupo fundador del Instituto Nacional de Cardiología, escribió sobre Luis Méndez a fines de diciembre de 1981 en los *Archivos del Instituto de Cardiología de México*: "Prudente y mesurado, sabía escuchar opiniones ajenas y divergentes, trataba a todos con tolerancia y sencillez, con dignidad y respeto. Su intervención le permitía elaborar respuestas sensatas a los problemas o preguntas que se le planteaban". "En medio de su enfermedad conservó su imagen, su serenidad, entereza y lucidez, y pese al conocimiento que tuvo de un cercano desplome, no aceleró su trabajo pero tampoco lo amortiguó, sino hasta semanas antes de su fallecimiento. Así bajó a la tumba un hombre que con orgullo pudo haber pensado momentos antes de morir: misión cumplida".

Doy término a estas palabras, recordando que Luis Méndez era orador purista, expresivo, concéptuoso, con definidos rasgos de pensador; sentaba opiniones, tesis, apoyado en su manera de ser, en su preparación y pensamiento, en sus ideales y convicciones, como esforzado campeón pleno de esperanzas por el mejor presente y futuro de la especie humana, por la que tanto trabajó. La colección de documentos grabados de viva voz en sus disertaciones, en poder del doctor Francisco Olvera Esnaurrizar, tienen un considerable valor como legado intelectual de Luis Méndez, que pervive, sobre temas humanos, sociales y médicos. Tan sólo mencionemos este concepto: "la medicina del futuro contará con una serie de dispositivos que liberarán de muchas tareas al médico, y a sus auxiliares, pero no lo liberará nunca, de la responsabilidad de comprender al hombre".

En la serenidad de sus últimos días, dispuso que sus cenizas mortales fueran depositadas en las alturas nevadas por las que tantas veces discurrió, alturas que dieron paz a su cuerpo y a su espíritu.

Es así como prosigue integrándose la grandeza y la tradición, ricas en valores humanos, de esta Academia, que hoy conmemora con reconocimiento el recuerdo de un hombre que forjó valiosas tareas en los anales de la medicina mexicana.



Dentro del movimiento lleno de fe con el que México emergió de algo más de una década de violencia revolucionaria, la medicina nacional tuvo un vigoroso resurgimiento. Hizo suyas las palabras que José Vasconcelos dirigió a los maestros en mayo de 1924: "...lo importante es condenar a los que no hacen y a los que nada intentan. No hacer es ya un principio de destrucción. La historia olvida las palabras, pero atiende a la magia de las obras".

Se tenía la convicción de que no había tiempo que perder, "con la fe de que las generaciones jóvenes no eran superiores pero sí eran diferentes, querían revisar, pensar... Construir todo de una sola pieza, revalorar todo. Renovar todo".

La nueva medicina mexicana avanzó simultáneamente, con paso firme, en varios frentes. En el de la cardiología se agrupó un puñado de jóvenes distinguidos, Manuel Vaquero entre ellos, alrededor de un constructor por excelencia, Ignacio Chávez, nacido para ser guía paradigmático. Formaron una verdadera falange en cuyos labios podían ponerse las palabras de uno de los más eminentes universitarios de la llamada "generación de 1915": "Tenemos una nueva fe y una visión nueva. Señalemos propósitos concretos y realizables... Fijemos procedimientos a nuestro alcance que no pugnen con un principio fundamental de nuestra conducta. El mundo nuevo no lo harán hombres viejos, no se logrará con métodos antiguos".

"¡Proclamémonos generación! Démonos personalidad, reclamando nuestro derecho a desear y a vivir".

Bien y pronto ganaron tal derecho, con asombro y respeto general aquellos decididos e infatigables creadores de la cardiología mexicana. Muy desde el principio destacó entre todos un joven moreno y delgaducho nacido el 31 de diciembre de 1904, en la vieja calle del Factor de esta siempre atormentada ciudad de México. Ya trabajaba como practicante numerario en el viejo Pabellón 21 del Hospital General, aun antes de que el 16 de julio de 1927 se inaugurara oficialmente como Servicio de Cardiología.

Allí elaboró lo que sería la primera tesis de electrocardiografía en México y que lo haría acreedor a calurosas felicitaciones del jurado, cuyo dictamen del 3 de febrero de 1928 hizo que la Universidad Nacional de México le confiriéramos el título de médico cirujano.

Ya armado caballero, se incorporó plenamente a aquel grupo compacto que, vivía una actividad febril para "revalorar todo, renovar todo, construir todo de una sola pieza". El flamante Servicio de Cardiología contaba con un electrocardiógrafo, un fluoroscopio para ortodiagnóstico, un laboratorio general de análisis clínicos y uno de metabolismo basal. En el seno de la Sociedad de Medicina Interna, infortunadamente de tan corta vida, logran organizar el VII Congreso Latinoamericano en la ciudad de México, en enero de

MANUEL VAQUERO

FELIPE MENDOZA *

In memoriam ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 27 de octubre de 1982.

* Académico titular.

1930, y cumpliendo con uno de los votos de dicha reunión, inician a fines del mismo año la publicación bimestral de *Archivos Latino-Americanos de Cardiología y Hematología*, en los que el doctor Vaquero colabora muy de cerca y en los que publica año con año, desde su tercer número, diversos trabajos de avanzada, con sustanciosa brevedad. Entre ellos cabe destacar, por ser una primicia bibliográfica, *Consideraciones acerca de un caso de aneurisma parietal del ventrículo izquierdo*.

Médico interno del Pabellón 21 muy apenas graduado, para 1935 es adjunto del servicio y encargado del laboratorio de electrocardiografía. Lo recibió de manos de Don Manuel Martínez Báez, el primero que se hizo cargo del impresionante y hermoso equipo Boullite recién traído de Francia. Posteriormente, con el Maestro Vaquero inició Demetrio Sodi Pallares lo que vendría a ser hasta nuestros días timbre de gloria nacional, la escuela mexicana de electrocardiografía. El trabajo *Los potenciales electrocardiográficos de los miembros*, publicado en el volumen 13 de los Archivos de Cardiología y Hematología, firmado por Manuel Vaquero y Demetrio Sodi Pallares, es uno de los sillares de los cimientos de la moderna electrocardiografía nacional.

Las contribuciones de investigación clínica del Maestro Vaquero siguieron apareciendo después en la revista bimestral que con el nombre de *Archivos del Instituto de Cardiología de México* ha continuado sin interrupción aquellos *Archivos Latino-Americanos* iniciados en 1935.

Versado en las técnicas más avanzadas de exploración y estudioso asiduo de las aportaciones nacionales y extranjeras, tuvo siempre ese don indefinible del clínico enjundioso y clarividente que logra la aprehensión selectiva de signos y síntomas con peso específico para constituir el centro de gravedad del proceso seniológico y el talento lúcido para articularlos en diagnósticos certeros.

Su brillante actuación clínica diaria en el Pabellón 21, donde como en los hospitales del medioevo "el enfermo era el señor", corría parejas con su continua actividad docente formalizada en 1929 como ayudante de clínica, de 1930 a 1935 como profesor de Patología y desde 1936 como profesor titular de una cátedra de Clínica Médica singularizada por su sobria reciedumbre.

La formación de alumnos de pregrado y la difusión bimestral del conocimiento en los *Archivos* no bastaban al grupo batallador dispuesto a cambiar con urgencia el panorama médico nacional. Del 17 de julio al 2 de septiembre de 1935, con lecciones vespertinas en el CAMEP (Centro de Asistencia Médica para Enfermos Pobres) y prácticas clínicas matutinas en el propio Pabellón 21, organizan un curso de cardiología para médicos graduados con el que arrancan los que anualmente, sin interrupción, habrán de seguirse impartiendo hasta nuestros días.

Ese mismo año 1935, también gracias al impulso inagotable del Maestro Ignacio Chávez, nace la Sociedad Mexicana de Cardiología de la que el maestro Vaquero es miembro fundador, años des-

pues digno presidente y posteriormente miembro honorario. Pasado un año, el 20 de mayo de 1936, ingresa como numerario a esta ilustre Academia Nacional de Medicina en la que cumplió variadas comisiones y en la que tuvo después el rango de socio titular.

La actividad académica de quien hoy recordamos tuvo amplia proyección internacional. Profesor invitado a Brownsville, El Salvador y Recife, salvo en los últimos cuatro años de su vida, participó en todos los Congresos Interamericanos de Cardiología que a partir de 1916 se han celebrado cada cuatro años en distintas ciudades del Continente, así como en todos los Congresos Mundiales de Cardiología que, desde 1950, cada cuatrienio, han tenido lugar en varias capitales de Europa, Asia y América.

La vida médica que hoy nos ocupa se desarrolló en plenitud madura, en todos sus aspectos, en el Instituto Nacional de Cardiología del que fue uno de sus más eminentes fundadores. De 1914 a 1961, como jefe de servicio, dirigió con acierto y facilidad la consulta externa. Lució allí su destreza clínica en el tráfigo diario, en las sesiones periódicas y muy particularmente en las sesiones médico-quirúrgicas que por él resultaron memorables. Ocupó la subdirección médica, dando ejemplo de sentido corporativo, disciplina y amistosa lealtad, y de 1965 a 1972 ocupó la dirección de nuestro Instituto.

Habrán de recordarse los años de su gestión directiva por el talento, la ecuanimidad y la bonhomía de su mando que hizo sortear difíciles escollos a la institución. Logró mejorar substancialmente el Servicio de Cirugía, formar la Unidad de Cuidados Intensivos para enfermos coronarios, completar la Unidad de Pruebas de Función Pulmonar e inaugurar la Sección de Microscopía Electrónica. La planeación que él hizo para ampliar y modernizar el Instituto catalizó el genio constructor del Maestro Chávez que concibió, edificó, dotó y organizó el nuevo Instituto que hoy se asienta en Tlalpan.

Si es digna de homenaje la obra realizada por el Maestro Don Manuel Vaquero, su vida merece admiración y es un ejemplo. Transcurrió con llaneza, con ligera facilidad, sin atropellar a nada ni a ninguno, como paradigma de la fealtad y la amistad sin sombras. Entregado a su profesión con honorable y señera eficacia, sin oropeles, logró una existencia plena. Viajero incansable por todos los continentes y por el mundo de los libros, tuvo como centro un hogar generoso y cordial que, presidido por la alegre hospitalidad de Doña Luz, nos asimiló entrañablemente a muchos amigos y discípulos como a otros tantos miembros de su familia. Recordando con profunda gratitud a Don Manuel, siempre he pensado que pocos como él podrían haber hecho tan suya la profunda captación que del misterio de la vida logró Jorge Guillén, al decir con la tersura elemental del poeta:

"Respiro
Y el aire en mis pulmones
Ya es saber, ya es amor, ya es alegría".